Isabel Paraíso y la dialéctica del dolor

Introducción

El dolor de vivir se alarga día a día, en una ola extensa y constante, fluidamente y sin remansos. Por tal razón, acaso, este libro que nos ocupa,[1] no parcela en secciones ni partes su sostenida unidad temática. Todos sus poemas apuntan siempre a ese tema central explícito en el título. El primer verso del primer poema lo proclama también, preludiando el tono, vena o talante general al repetirse como estribillo, *status quo* de la vida humana: "*A oleadas salvajes, la pena excava el pecho*" (pág. 7).

En este libro — muy de nuestro tiempo — Isabel Paraíso objetiviza, a veces, en un "nosotros" variadísimas formas del dolor, desplegando ante quien lo lee una honda complejidad coherente, sin rupturas ni escapes a triviales júbilos o sensaciones. Para ella, el dolor — tal como aparece en estos poemas — es una realidad dada, inmediata, no construida. El dolor es aquí "*donné inmédiate*" de la existencia. Dolor — poder elemental y también consciente — cuyo sentimiento colma y plenifica, penetra e impregna, extensa e intensivamente, la totalidad de la vida humana. Dolor que se extiende por las tres esferas del sentir humano: cuerpo, alma y espíritu, actuando en las tres instantánea y conjuntamente. Este sentimiento doloroso no sólo afecta al hombre en su totalidad, sino a los diversos momentos de su trimembre estructura unitaria, aun tomados separadamente: afecta a su sentir, a su pensar y a su querer. Impregna la biosfera corporal y física del sentimiento, dejando honda huella en la memoria del sujeto.

El dolor — al ser sentido por todos de una u otra manera — puede ser comunicado y comprendido. Su nota más característica es su enorme e intensa comunicabilidad. De ahí que sea una de las vías más directas y rápidas de la comunicación humana. Y este dolor común resiste la injuria del olvido, protegido por la incorruptible vestidura de su extensión durable, de su eternidad. La alegría — el júbilo del *Cántico* guilleniano, por ejemplo — es más difícil de comunicar. 'El fuego' es un símbolo más visible y sensible que 'la luz,' pues arde entrañablemente en el corazón (emoción). El dolor es, sí, una de las más auténticas vías de la confraternización humana.

Isabel Paraíso posee una facultad rememorativa — una memoria muy sensible y aguda —, al mismo tiempo que un profundo sentimiento, para evocar y vivificar el dolor en los diversos aspectos del vivir humano, en sucesos y pormenores, tanto como en su conjunto existencial y ontológico. A través de sus poemas, vemos e intuimos el dolor como Realidad y Verdad innegables — aunque sepamos que también existe la alegría pasajera. Dolor como realidad elemental y primaria, irreductible a toda otra. Dolor existentivo, evidenciado por una serie poemática en la que es vivencia natural al mismo tiempo que sentimiento espiritual. En variadas formas, inunda la vida entera, el alma y el espíritu, configurándolas unitivamente, fluyendo e irradiándose desde un centro común: el hombre entero.

Isabel Paraíso quiere superar la limitación de la incomunicabilidad y quiere unir a los hombres — aislados y solitarios — por medio de la experiencia del dolor, común a todos. Lo individual y lo personal trascienden a lo social, lo comunitario y lo religioso. El dolor es lazo común de sentimiento, vínculo antropológico. El dolor habla a cada alma con facilidad y naturalidad, mejor que el pensamiento y la voluntad. El dolor hace a las almas comunicables, en virtud del carácter simpatético de su esencia: "Porque en el alma es donde tiene su alojamiento preferido la compasión."[2] Dolor compasivo, pues, que, al ser un sentimiento común, establece la unidad del mundo y la universal armonía del ente.

El dolor — y no la felicidad — es en este libro la plenitud del sentimiento, la unidad del espíritu. Dolor sentido, vivido, contemplado, objetivado y comunicado — pues es objeto del pensar como verdad de la existencia humana —, consumación de voluntad que aspira a la bondad y a la luz.

No hay dolores efímeros ni superficiales, sino más bien profundos y duraderos. El dolor es, sin duda, el fondo originario de la 'subjetividad.' Y este libro que, en su totalidad, siente, contempla y reflexiona sobre el dolor, lo afirma como *conditio sine qua non* de la vida humana. Porque el dolor — repetimos — es lo más inmediato, dentro y fuera: es 'inmanencia,' el fondo originario de ese ser que es la 'subjetividad' humana.

El dolor, por otra parte — al ser consecuencia del vivir, realidad observada por el sujeto que reflexiona —, es negación de la relatividad como principio absoluto. Se afirma la realidad sin fronteras del dolor somático, anímico, espiritual y metafísico. Vivir es doler y dolerse. No como una aberración, sino como aceptación de un orden natural que no excluye ninguna esfera. Pero no aislado, sino junto al amor, en el camino de la existencia humana, a la cual justifica.

En este libro, el dolor se impone en tema, estructura y acento: en la estructura global, al ser nexo fundamental entre cada uno y todos los poemas. El dolor levanta y enraiza la sostenida unidad de este libro, su profunda seriedad: lo conforma e impregna su temple.

¿Fuentes?

Isabel Paraíso no es, naturalmente, una descubridora de la temática del dolor, tan cultivada desde antiguo por todas las sensibilidades románticas. La joven poetisa española, sin embargo, siente su voluntad y su razón regidas por el sentimiento doloroso de la existencia, acercándose así a Miguel de Unamuno. Entiende (*intelligere*) y razona (*ratiocinari*) el mundo como dolor, y casi lo quiere (*velle*) y lo elige (*eligere*) como vida dolorosa, como infelicidad. No es el dolor una disonancia — como en *Clamor* de Jorge Guillén —, sino principio armonizador, unificador de las vidas humanas: estrato óntico que nos une en una totalidad armónica, siempre humana. Misterioso y evidente "acorde" de dolor que une heterogéneos seres y realidades: amplia gama de variaciones — amplio margen de oscuridades.

Es casi obvio mencionar la Biblia como fuente de este libro, en cuyo fondo resuenan sus libros más pesimistas. En la tradición española, Garcilaso — "no me podrán quitar el dolorido sentir" — y el dolor bécqueriano — "¡Padecer es vivir!" (rima LVI) — y de Rosalía de Castro. Y, sin lugar a dudas, enlaza con la "agonía" unamuniana. Ciertos acentos podrían recordar a Antonio Machado y a algunos poetas de la postguerra. Pero el 'tono' personal de Isabel Paraíso se impone siempre a lo largo y a lo ancho de este libro: éste es una pluralidad de variaciones y variedades del dolor que sirven para enriquecer la imagen de la humanidad y del espíritu humano.

Título

Procede del primer verso de la estrofa final del poema que cierra el libro y que se titula "Como una expiación." En ella se sintetiza la total finalidad de la obra:

> Un extenso dolor que llaman vida
> — tu vida y la mía y la de muchos —
> como una expiación fijé en palabras. (pág. 84)

Tal auto-explicación en el último poema — ¿epílogo? ¿post-prólogo? — subraya el contenido teleológico del conjunto poemático, escrito con ternura y "con voluntad de amor, página a página." No es así un desahogo personal sino voluntaria expresión de dolor colectivo, de universal dolor humano. Un último — y primer — sentido religioso emana de esta necesidad de confesión y expiación. Catarsis voluntaria, humanamente — ¿cristianamente? — piadosa, que Isabel Paraíso se impone para abrir, entre lágrimas y sombras, paso a la esperanza y a la luz, entrevista en los hijos. Dolor heredado y dolor que transmite en doble herencia de amor y sufrimiento.

El adjetivo *extenso* — en el título — no sólo se refiere al alcance totalizador del dolor — que abarca todo lo existente —, sino que incluye también su *intensidad,* cualidad constitutiva. La cantidad extensiva e intensiva no se oponen, porque el dolor se identifica con la vida total.

Estructura externa

Hemos apuntado ya que el libro de Isabel Paraíso posee una estructura fuertemente unitaria, ajena a toda parcelación en secciones, partes o capítulos. La sustancia dolorosa de la vida no admite jerarquías ni subcategorías. El dolor es igualmente intenso y extenso para cada ser vivo, y éste — en el común existir — no se halla más alto ni más bajo con respecto a los demás. El dolor — como la muerte — es un sentir colectivo — al mismo tiempo que individual y personal —: un 'sentir' *democrático.*

Sin embargo, si atendemos a la colocación de los poemas en el libro — ya que no podemos pensar en un orden estricto ni riguroso), observamos que, en cierta manera, se dibuja una historia progresiva del dolor, paralela al vivir humano: el dolor surge al nacer el niño y le acompaña en su infancia, adolescencia, juventud, edad madura — climax doloroso —, desembocando finalmente en la muerte. Los últimos poemas de la serie — 40 en total — son una culminación del tema y el que cierra el libro es una declaración de los móviles que llevaron a la autora a crearlo: "como una expiación," fijada en palabras, y una "voluntad de amor."

Métrica

En *Un extenso dolor* domina la libertad métrica y estrófica, pues abundan los poemas escritos en verso libre. La extensión de cada poema varía también. Esta métrica dúctil parece el más apropiado vehículo para la expresión del dolor en todas sus formas. Y, por adaptarse libremente al tema y a sus variaciones, hay ejemplos de formas regulares, de rimas y estribillos. Estos subrayan, como es natural, ideas o sentimientos centrales: redoblan en la conciencia o en la sensibilidad.

La "Nana de los niños dormidos" posee una estructura musical y la "Nana maléfica para alguien triste" tiene una estructura métrica regular. En ésta, el pie quebrado, imperativo, marca la intensidad:

"duerme," "muere" (pág. 28). En "Tercer mundo" se insertan dos estrofas monorrimas aconsonantadas para subrayar el humor trágico del poema. Un poema capital — "Acto de fe" — ofrece una estructura regular de 4 estrofas y termina con un verso suelto de pie quebrado en el que afirma: "Yo así lo creo" (pág. 8). Justamente por esta 'regularidad' se destaca dentro del conjunto: en él formula Isabel Paraíso su 'credo' de fe cristiana, según la cual el dolor del hombre cumple una misión redentora.

En otros poemas hay asonancias y, en casi todos los casos, actúan 'funcionalmente' con respecto al sentido de los versos.

Isabel Paraíso ha elegido una métrica sin trabas para mejor expresar su 'dolorido sentir': una forma adaptable como un guante.

Sinceridad

Esta forma libre a que acabamos de referirnos es una prueba de la 'sinceridad' con que ha sido escrito el libro. Pero hay otros testimonios que afectan al contenido de esta dolorosa historia del hombre en la tierra, de la cual no queda excluida la mujer que la escribe. Su misión de 'cronista' existencial de la humanidad no la convierte en mera expectadora ni en el testigo del drama, sino que redobla e intensifica su dolor propio al coincidir con el de los demás. No cuenta una tragedia que se 'representa' sino que se 'vive' al unísono, repitiéndose a través de los tiempos, en todos los países, en todas las edades, sin diferencias de sexo o de salud o de nivel cultural. Dolor psíquico-somático que se sufre con todo el cuerpo, con todo el ser ("Maremagnum"), monopolizando la vida. Dolor que no puede borrarse de la memoria: "¿Cómo estrangular recuerdos de acero?" ("Taedium vitae"). Isabel Paraíso sinceramente sufre, sinceramente cuenta lo que ella siente y sienten y sufren los demás. Comunión *de* dolor y *en* el dolor, vivencia existencial que no puede inventarse ni crearse imaginariamente sino padecerse. Sinceridad desnuda, sin retórica de ninguna clase: experiencia humana que se convierte en visión poética conmovedora. Sinceridad, empatía, solidaridad, pervaden el tejido sentimental de este libro acongojado por todos los dolores que asedian y condicionan a la humanidad.

Ontología

Una de las formas más profundas del dolor humano visible en este libro, es la angustia existencial, la indagación de qué pueda ser el hombre. Surgen las interrogaciones dramáticas, a modo de personajes líricos. Así, hay preguntas ontológicas en el poema "Maremagnum" — de guilleniano título:

> ¿Quién mueve nuestro espíritu?
> ¿Dónde se anclan nuestros sentimientos?
> ¿Cómo saber quiénes somos? (pág. 29)

No saber quién es un motivo de dolor para el hombre. Pero la búsqueda de su ser le afirma en su hombredad aunque acendre su dolor. Ya decía Sócrates en la *Apología* que una vida no examinada no vale la pena de ser vivida. Y es vieja la noción de que quien añade conocimiento añade dolor. Más doloroso todavía es este frustrado conocimiento de sí mismo. Esta ignorancia de sí lleva al hombre al vacío existencial, a la intuición de la Nada, pues nada le satisface verdaderamente en este mundo.

> (Vacía la pobre gente atareada,
> vacías las cosas tras las que corremos,
> vacío el dolor, vacía la risa,
> vacío, vacío . . .) (pág. 26)

El "taedium vitae," el vacío óntico y ontológico, instauran el reino de la Nada. ¿El cansancio existencial — muerte en vida — es acaso el resultado de la madurez del hombre?

> No saben muy bien por qué, cierto día,
> cierta edad remota, se vieron cansados,
> sus ojos vistieron crespones de luto,
> se desnudó el mundo de amor y de belleza.
> Detectaron lúcida, implacablemente,
> todo el desencanto.
> Murieron.
>
> Y arrastran su muerte creciente, invasora,
> resignadamente, como ley de vida,
> como maldición. (pág. 27)

Sí, el hombre maduro ve crecer su muerte cada día. Constata en sí mismo la idea metafísica de Heidegger: el hombre es "un ser-para-la muerte."

Isabel Paraíso desenmascara la hipocresía ontológica de hombres y mujeres en "Comunidad." El sexo, para ella, es una diferencia aparencial. Ontológicamente indecisos, hombres y mujeres enmascaran su ser, temen la verdad y se duelen. El dolor, en cambio, es la esencia común, el lazo que los une más allá del amor.

Antropología

Si el dolor se encarna y animifica en el hombre, convierte a éste en el gran personaje — casi único — de este libro que es su historia. De aquí que emane de él una honda conciencia antropológica, presente casi en cada poema. El sofista Protágoras preside, acaso, esta antropología: "el hombre es la medida de todas las cosas, de las que son en tanto que son y de las que no son en tanto que no son." El libro está impregnado de una filosofía antropológica, puesto que es evidente el desplazamiento de la mirada del mundo exterior — filosofía cosmológica — hacia el sujeto y sus funciones. El principio socrático "Conócete a ti mismo" es aplicable aquí al dolor que sufre el hombre: "Dime cuánto sufres y te diré quién eres." El dolor es propicio para la autognosis. Al procurar conocer al hombre, Isabel Paraíso procura conocerse, aunque en ambos casos no lo consiga sino a medias. Su libro resulta una meditación sobre el hombre en cuanto tal: es el eje temático, coexistiendo con el dolor que es su medida y su esencia. Para Isabel Paraíso, el hombre sólo es esto: dolor. De aquí que su libro sea una dolorosa antropología, y no por eso no poética. Y así, en apariencia siguiendo la antropología kantiana, rastrea el desarrollo de la conciencia humana con sus versos que dedica a los niños, que recogen las diversas edades del hombre y que culminan en su muerte. El drama de los hombres *acontece* para ella y para el lector: es, en términos orteguianos, un "universal acontecimiento."[3]

A Isabel Paraíso — como a todos nosotros — le ha tocado vivir una época angustiada por muchos motivos que no vamos a enumerar aquí. Esta angustia — que emana de muchas causas — oblitera en el hombre su capacidad para el gozoso vivir. Mira a su alrededor y en todas partes ve la misma angustia y el mismo dolor que le existencia. Se vuelve sobre sí mismo y constata que su microcosmos — reproducción o símbolo del macrocosmos — anhela desahogarse, revelar su secreto que es materia misma de su dolor existencial. Sabe que su angustia es la misma de todos los hombres. No es practicar ningún solipcismo, sino revelar la *ipsidad* que es suya y de todos: así se revela "la otredad," en términos antoniomachadianos. Tal revelación sólo se produce en tiempos auténticamente antropológicos, en épocas en que el hombre se halla radicalmente en crisis.

Un extenso dolor — totalmente emplazado en una época antropológica — revela el viejo secreto del hombre: que su vida es dolor. En él y desde él — pero *en* y *desde* su vida —, Isabel Paraíso mira compasivamente a los hombres todos, siente y duele con ellos: aflora la verdad común que supera la aislada subjetividad y exalta el común y doliente existir. El signo antropológico marca todos los poemas, sirviéndoles de lazo y de gozne en torno al cual se articula la total coherencia del libro.[4]

En esta antropología vemos transcurrir la vida del hombre por todas sus edades, el progresivo crecimiento de su dolor. Vida problemática, porque en ninguna época de la historia lo ha sido tanto como en la actual: nunca ha sido el hombre tan problemático para sí mismo como en la actualidad (ya lo decía Scheler). Isabel Paraíso recoge en su libro toda esa dolorosa problematicidad humana y, poema a poema, desarrolla su drama con todas sus variantes y niveles, desde fuera hacia dentro, desde su nacer hasta su morir.

El dolor se mueve, pues, en un paisaje antropológico, humano, y se extiende — ¿cómo no? — a lo animal y a lo vegetal, según veremos, porque hasta ellos llega la acción del dolor, esencia de toda vida, principio ontológico de todo lo que vive.

A. *Edades del hombre.*

1) *Nacimiento.* Nace el hombre — "Ars nascendi" —, pero nacer no es sólo brotar hacia la luz desde la entraña materna, sino descubrir de pronto el envés de la realidad. El niño se enfrenta con el misterio, savia secreta pero no por eso menos verdadera: es el misterio ontológico.

2) *Infancia.* En "Tristezas olvidadas," Isabel Paraíso niega que la infancia sea un paraíso irrepetible, pues hay tristezas en ella que el hombre olvida o quiere olvidar, "primerizos dolores" (pág. 16). Los niños nacen al dolor "que ocultan a Mamá" (pág. 15): la poetisa desvela las penas de la infancia, desmientiendo a poetas como Rilke, Cernuda, Aleixandre, tantos otros y, últimamanete, Concha Lagos. La infancia es, para Isabel Paraíso, un pasado recreado, soñado. Para ella, las dichas de la infancia llevaban subterráneos "sangre y lágrimas, ásperos / contactos, peso muerto" (*Ibidem*). Volviéndose a los hombres, les hace ver que se engañan y que había dolor en los días infantiles:

> Balbucientes diálogos con muñecos de trapo solitarios y tristes, de ancha comprensión; lágrimas en las cunas de niños encogidos que temen algo enorme y fatal, o que intuyen latir oscuramente — por vez primera — en ellos la soledad. (*Ibidem*)

En la infancia se ahinca la conciencia primera de la radical soledad humana y, en consecuencia, de su dolor existencial.

3) *Adolescencia.* El poema titulado "Adolescentes" comienza con una anafórica pregunta etimológica y ontológica a la par: "¿De qué adolecen los adolescentes?" (pág. 19). Isabel Paraíso, luego, los decribe 'muy a la moda': "Pasean languidez, *jeans,* pelo largo, / tristeza más allá de la mirada . . . / ¿De qué adolecen?" (pág. 19). Descubre en ellos ya el dolor existencial. Pasa, después, a la descripción ontológico-antropomórfica:

> Difícil integrarse a un mundo hecho
> sin ellos para ellos.
> Azucenas y cardos mezclados en sollozos.
> Envueltos en guitarras y en *slogans.*
> Largo dolor de humanidad no niños
> ya, no hombres
> aún. (*Ibidem*)

Isabel Paraíso los ve casi como cristos juveniles, cristos de personal religión, aguijoneados también por "eróticas espinas," mientras van descubriendo ciudades muertas.

4) ***La juventud.*** El "Elogio de la juventud" lleva una dedicatoria concreta. En este poema los jóvenes hablan, en una primera persona plural, en tono de pasión y esperanza. Pero los dos versos finales cierran el poema con sello de prematuro dolor, al despreciar las deslumbrantes riquezas de la vida; "Nuestras venas abrimos a los sueños, al amor, a la nada" (pág. 20).

5) ***La madurez.*** Siguen varios poemas en que esta edad del hombre quedaría representada, siendo a la vez una condena de la civilización actual. "Los enfermos mentales" son víctimas suyas: son cristos humillados, "tristes frutos maduros, carcomidos/frutos de llanto oculto, de civilización,/de cansancio y de hastío" (pág. 21), que van cayendo a tierra . . . Hay "sustancia de dolor entre sus venas" (pág. 21), "el pecado recóndito, ancestral,/de su raza." (Isabel Paraíso identifica aquí el dolor con el pecado original del Génesis.) Malheridos por mil tormentos seculares, encorvados, solitarios . . . Dolor hecho carne humana, "víctimas-redentores del mundo,/dulces miembros de Dios."

"Los deprimidos" sólo ven lo negativo y caduco de la realidad y, así, una "abismal tristeza sin salida" los envuelve, obsesivamente condenados al obliterado callejón de sus vidas.

En "We, borderline people," Isabel Paraíso incluye — y se incluye — a los poetas, a los visionarios, entre esas gentes marginales, fronterizas, extrañas: gentes que siempre están preguntando "¿para qué?", doliéndose angustiadas ante el misterio — el revés — de las cosas y de la vida misma.

> Intermediarios entre vida y muerte.
> vemos monstruos angélicos, medusas
> de inocentes cabellos, invertidas
> ciudades de amapolas humeantes.
>
> . . . . . .
>
> Para qué nuestras vidas, para qué
> el llanto que nos cuelga de los hombros;
> las palabras difícilmente exactas
> para qué, si se hunden en la noche
> sin eco y sin respuesta.
> Insomnes vamos. (pág. 25)

En "Taedium vitae" vemos a los aburridos . . . El poema viene a completar el gran retablo dramático, trágico, que va desarrollándose en las páginas del libro. Así describe Isabel Paraíso a los que viven sumidos en el tedio vital:

> Nieblas pegajosas los empujan lentas
> hacia sus entrañas siempre estremecidas,
> hacia sus dolores como pozos agrios,
> lujuriantes selvas que lo invaden todo.
>
> Los días les pesan, les pesan las cosas,
> respirar les pesa. (pág. 26)

No creen en las viejas — gastadas — palabras: amor, esperanza, sacrificio, esfuerzo, religión, entrega . . . Les rodea el vacío. El vacío los existencia. Hasta el dolor es vacuo . . .

En la "Nana maléfica para alguien triste," Isabel Paraíso nos descubre que el único consuelo para el que sufre es el sueño de la muerte: "tembloroso ser sufriente,/vamos ya, abandónate,/muere" (pág. 28), le canta en su nana imperativa, conminatoria.

En "Maremagnum" descubrimos que el hombre se apoya en barreras y en diferencias para no volverse loco. Pero lo único que iguala es el dolor común, verdadera riqueza compartida, democrático derecho universal. Pero el hombre no sabe aceptarlo y tampoco se siente capaz de resolver las diferencias ni los problemas que le asedian: antítesis, oposiciones, al ser insolubles, destrozan su paz. Consciente o inconscientemente olvida las enseñanzas evangélicas de igualdad universal .

En "Comunidad," Isabel Paraíso firma el poder igualitario, nivelador — humana democracia — del dolor. Pero se da cuenta de que la 'comunidad' es, sí, una difícil solidaridad, porque hombres y mujeres han perdido las alas del espíritu. Las "diferencias" humanas se superponen sobre el dolor común, sobre la "honda, asfixiante soledad" de cada uno, y nadie se da cuenta de que el dolor es el destino común, la sangre igualitaria. Niños, hombres, mujeres, levantan iguales miserias, igual ceguera, y con ellas construyen cercos y fronteras. La poetisa se lamenta de tales "cíclicas sucesiones de vidas y de muertes" (pág. 32).

En "Mujeres," Isabel Paraíso exalta el silencioso dolor de la mujer, que hace, brega y no habla, puesto que ama. En una imagen cosificadora, afirma el silencioso y secular sacrificio femenino: "Son muros de silencio, ríos de olvido y años" (pág. 34).

En "John Brown" asistimos al drama de los prejuicios raciales, caudaloso y largo río de dolor humano. En el poema se cuenta que John Brown, blanco de Connecticut, murió ahorcado por oponerse a la esclavitud, mártir de una noble causa:

> En su carne sintió al hombre negro.
> Dio su vida por él siendo blanco. (pág. 39)

En su tumba, este cristo sin resurrección sueña "redenciones aún para los negros" (*Ibidem*).

Dolor en animales y plantas

No sólo el dolor humano — en casi todas sus formas — traza su historia en este libro. Isabel Paraíso incluye a los animales y a las plantas en su vasto friso doliente. No puede excluirlos, puesto que todo lo que vive sufre.

En "How life begins," no sólo las mujeres sufren al alumbrar a sus hijos, sino también los animales-hembras al parir a sus crías. Éstas, así, se humanizan por el dolor de las entrañas que se abren para afirmar la vida. Dolor que comienza al nacer — en hombres y animales —, igualando a los nacidos al mismo tiempo que a las madres.

> la perra, la vaca pariendo
> y lamiendo después sus criaturas
> —triste caricia de madres sufrientes, efímera coraza
> ante la lucha que espera —; (pág. 12)

El dolor es constante y no acaba nunca: "Y el dolor, el incesante dolor de millones de hembras pariendo" (*Ibidem*). Hembras pescados, hembras tortugas, hembras canguros . . . Mujeres: trescientos mil niños por día . . . Dolor múltiple que engendra la vida, cualquiera que sea su forma, ocurra en el mar o en la tierra . . . Vivir: dolor expiatorio, hasta en los animales: "los indefensos animalillos que ven ahora mismo la luz/y empiezan a expiarlo con áspera, esforzada afirmación de vida" (*Ibidem*).

Las plantas también sufren, según está científicamente probado. Isabel Paraíso nos relata la historia del dolor vegetal en "Maremagnum." Y acusa al hombre de monopolizar la vida y el sufrimiento:

> Preferimos creer que la vida existe sólo donde hay
> movimiento no mecánico.
>
> Que nosotros
> (y quizá los animales, pero poco)
> monopolizamos la vida.
> Es más fácil.
> Que todo este hermoso y rendido reino vegetal, por ejemplo,
> no piensa, no conoce, no siente. Que no vive.
>
> Y sin embargo, hoy nos muestra Cliff Baxter con
> sus máquinas
> que las plantas reaccionan ante los seres vivos de
> su entorno,
>
> comunican, se angustian ante el dolor
> de los demás, o ante el suyo presentido.
>
> Pero nos esforzamos en olvidarlo. (págs. 29-30)

Dentro del plural "nosotros," Isabel Paraíso se acusa de este olvido en que los hombres sumen el dolor de las plantas, sufrientes como él puesto que viven y mueren.

Otros temas

1) *El Tiempo*. Diversas imágenes temporales proyectan nuevas dimensiones al tema central del dolor. Una de las formas metafóricas más originales que presenta el tiempo en este libro, acaso sea la cosificación, la concretización espacial. He aquí algunos ejemplos.

En "How life begins," al volverse a Dios, Isabel Paraíso le ruega que recoja el vasto y anónimo sufrimiento de hombres, animales y plantas — como una justificación: "en tus *bancos* de eternidad,/y ten piedad de todo y de todos!" (pág. 12). En "Ars nascendi," el tiempo posee una materia espacial que colabora en la angustia biológica y metafísica del hombre:

> La sucesión de días y semanas
> llega hasta el horizonte. Asfixia, lento,
> el tiempo acumulado sin raíces
> y sin hojas, las nubes volanderas,
> los muros sin color interminable. (pág. 13)

En "Los enfermos mentales," el tiempo se corporiza, tiene peso, trabaja con el dolor: "avanzan encorvados, solitarios,/malheridos,/por la pena incurable de siglos y de ausencia./Solos con sus tormentos" (pág 21). En "We, borderline people," el tiempo no sigue su ritmo normal en la vida de los hombres y mujeres que viven al margen de los demás: "los relojes/la hora marcan siempre a contratiempo" (pág. 24). El tiempo es un abismo a cuyo borde dan gritos de júbilo y terror, "perpetuamente" (*Ibidem*). En "Taedium vitae," el tiempo es una barrera que no pueden anular los escépticos: los años pesan como siglos, mientras la muerte va creciendo como ley de vida.

2) *El Sueño*. No es ajeno al dolor, pues en él también el hombre sufre. Cuando se convierte en pesadilla, el terror le ataca y le hace presentir la muerte. No es el sueño ni descanso ni olvido. Este sufrimiento dentro del sueño aparece en "Maremagnum":

> Y, sin embargo, nos despertamos sobresaltados.
> El terror nos arranca del sueño.
> Soñábamos que aquel ser amado
> se acercaba irremediablemente a la muerte,
> y nosotros esperábamos allí.
>
> Violentamente nos reponemos: "Son sueños," dictaminamos.
> Volvemos a dormirnos.
> Días después, alguien nos cuenta
> aquella muerte que nosotros presenciamos
> exactamente. (pág. 30)

3) *Dios. Cristo*. La religiosidad palpita en el trasfondo de este libro, más allá — o más acá — de su honda y extensa preocupación antropológica. Isabel Paraíso se pregunta si sólo los niños ven a Dios (pág. 18), al contemplar a sus hijos dormidos, intuyendo acaso en la misteriosa órbita del sueño — en la pureza, en la inocencia — el real conocimiento de la divinidad. Los hombres, fuera de ellas, sólo perciben destellos de luz perfecta. Los adolescentes, en cambio, se ocultan de Dios, a pesar de que la preocupación ética, miedos, ansias y "eróticas espinas los envuelven" (pág. 19). Y ella, personalmente, dirige sus preguntas a Dios, en un diálogo sin respuesta:

> ¿Lo ves Tú todo?
> ¿Tú sabes para qué?
> ¿Para qué estos círculos concéntricos de instinto y sufrimiento,
>
> de concepción y sufrimiento,
> de vida nueva y sufrimiento,
> de muerte y sufrimiento? (pág. 12)

Finalmente, le dirige una súplica que es oración:

> ¡Si existes y ves todo, Señor,
> ilumínanos con tu luz justificante,
> recoge este inmenso y anónimo sufrimiento en tus bancos de
> eternidad
> y ten piedad de nosotros! (*Ibidem*)

Que vaya a Dios ese dolor anónimo para que no se pierda inútilmente, para que se eternice en Él.

En "Los justos" — que se proclaman agnósticos — la poetisa los reconoce como vaso y obra de Dios, instrumento de la bondad divina: "luchan y mejoran esta tierra sufriente" (pág. 35).

En "Fagología," el hombre olvida que es un asesino y crea un dios bondadoso a su imagen y semejanza. Isabel Paraíso, en el mismo poema, comprende el sacrificio de Cristo, al darse en comunión para saciar el hambre secular de los hombres: acepta el misterio de la Eucaristía. En "Tiempo pascual" culmina la fe cristiana de Isabel Paraíso: el hombre revivirá porque Cristo venció a la muerte y porque la tierra revive en cada primavera. La esperanza en Cristo, para ella, es un consuelo del hombre en el dolor de vivir y de morir.

4) *La Ciencia*. Ésta conspira contra la intuición y el sueño premonitorio: augures de la muerte son los sueños que la ciencia contradice. (Recuérdese el ejemplo dado anteriormente.)

Información y lecturas científicas se asoman a estos poemas del dolor, cuyas hondas fuentes no puede secar la ciencia: en "How life begins," en "Maremagnum."

5) *La Muerte*. Existe en las ciudades que, poco a poco, van descubriendo los adolescentes (pág. 19). "Los enfermos mentales" mueren tristemente para que en el lugar que dejan "nazcan ramas floridas" (pág. 21). En "Comunidad" encontramos el anhelo humano que aspira a superar la putrefacción de la muerte: aspiración espiritualizadora aspiración a hablar y comunicar por el espíritu: esencia del verdadero diálogo: salvación eternizadora: aspiración a la conciencia.

> ¿Podría renacer una estrella lejana
> de nuestra podredumbre común puesta hacia arriba?
>
> Hombres, mujeres, niños, amigos,
> difícil solidaridad,
> turbulentas riadas inconscientes,
> pesadumbre de muerte que ha olvidado las alas,
> ¡si pudiéramos un día despertar, al fin,
> y hablamos! (pág. 33)

Isabel Paraíso anhela la resurrección y, tras ella, el diálogo de amor que fue imposible en la tierra con la comunidad humana, venciendo así a la muerte.

Final

Un extenso dolor — con su catarsis, sus acentos elegíacos y su esperanza — afirma la vida como una tragedia shakesperiana o unamuniana, honda y patética, sin otra solución. Este sentimiento doloroso no es recatado sino denunciador. Dolor que, más que negación de la felicidad humana, es expresión viva de la verdad. Dolor existencial, ontológico — revelado por el tedio, la náusea metafísica, sentido, amado, inteligido. El 'yo' — punto céntrico del hombre — se sumerge en este libro en un 'nosotros' colectivo y universal: en la 'nostridad.' Todos los dolores personales se integran en el total paisaje del dolor humano y del dolor cósmico. La biosfera se inserta en el universo.

Los hombres — tantas veces aves de rapiña —, nietzscheanos señores con voluntad de poderío, nada pueden contra el dolor, por mucho que se resistan o luchen contra él: son sus esclavos y han de obedecerlo.

Isabel Paraíso 'expone' el dolor, lo denuncia y lo desenmascara: dolida y angustiada, eleva sus preguntas a Dios, silencioso siempre. Pero quiere creer que el dolor redimirá al hombre, sostenida por su herencia cristiana. Mas prevalece el misterio y no estamos seguros de que pueda salvarle. Porque Isabel Paraíso no se lamenta de que el hombre sea "un ser-para-la muerte" (Heidegger), sino de que sea "un ser-para-sufrir," al ser el dolor un componente esencial de su existencia. El dolor es una de esas "situaciones-límites," absolutas e inmodificables — con la culpa y la muerte —, de que habla Karl Jaspers. Son definitivas todas y el hombre fracasa ante ellas. Pero si penetra en ellas con los ojos abiertos, se supera, realizándose así su existencia plenamente. Tal es la lección última de este libro lacerante. Y la vida, en consecuencia, ya no es sólo dolor expiatorio sino trascendente. El dolor es comunicabilidad a la vez que fundamento ontológico y trascendencia histórica. Fondo originario de la subjetividad humana, afirma en sí la confraternización universal. Su poder igualitario y nivelador une a todos los hombres: el dolor se revela como unidad del mundo, como realidad plena y sin fronteras. Su dialéctica puede ayudarnos a fortalecer la comunicación existencial, si lo aceptamos — junto con la libertad y la historicidad — como una de las categorías de la existencia.

Concha Zardoya

University of Massachusetts, Boston

NOTAS

[1] Isabel Paraíso. *Un extenso dolor* (Madrid: Colección Agora / Alfaguara, 1973), 88 págs. Es el cuarto libro en la producción poética de su autora que cronológicamente se ordena así: *Cantando bajo cualquier aire* (1969), *La mágica luz* (1970) y *Canciones para el hijo esperado* (1970). Isabel Paraíso nació en 1942, en la provincia de Salamanca. Es Doctora en Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid. Desde 1965 enseña en la Universidad de Montréal (Canadá). Isabel Paraíso se destaca, además, en la crítica literaria y en los estudios de métrica y estilística.

[2] *Cf.* Theodor Haecker. *Metafísica del sentimiento* (Madrid: Rialp, 1959), pág. 99.

[3] *Cf.* José Ortega y Gasset. *Historia como sistema. Obras completas.* VI (Madrid: Revista de Occidente, 1952), págs. 28-32.

[4] Es posible que Gabriel Marcel — con su pensamiento existencialista — proyecte alguna luz sobre esta interpretación del dolor simpatético, experiencia compartida: "Comunico conmigo mismo en la misma medida en que comunico con los demás." El 'tú' se le revela como aquel a quien interroga, relación que no se expresa en la que guarda con el 'ello,' con los objetos. Para él, el amor es el encuentro místico del 'yo' y el 'tú,' en el cual se acrecienta la libertad. Acaso pudiéramos decir lo mismo con respecto al dolor.